

CAMUS

STEPHEN ERIC BRONNER

CAMUS

RETRATO DE UN MORALISTA

Traducción
de Antonio López

PÁGINA INDÓMITA

Título original:
Camus: Portrait of a Moralist

© Stephen Eric Bronner, 1999, 2009
© de la traducción, Antonio López
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano
Ilustración de cubierta: Fernando Vicente
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: mayo de 2022

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-123847-4-1
Depósito legal: C-353-2022

*Para dos viejos amigos
que permanecen en mi memoria:
Peter Pappas y Maurice Trauring*

ÍNDICE

Prefacio a la segunda edición	11
1. Primeros días	21
Infancia y juventud	21
Religión	32
Experimentos	38
Activismo	44
2. El absurdo	61
Meursault	61
Sísifo	70
Calígula	83
3. Resistencia	93
Compromiso	93
Lenguaje	101
Solidaridad	105
4. Límites	115
El mundo de la posguerra	115

Rebeldía	125
Críticas	133
Una controversia con Sartre	142
5. Creación corregida	159
Exilio	159
Juicio	173
El reino	185
6. El legado	207
Epílogo a la segunda edición	225
Cronología	235
Índice onomástico	243

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Todo gran escritor causa impresión en los jóvenes, y Albert Camus no fue una excepción. Le habló primero a la generación que alcanzó la mayoría de edad inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial. Fue maltratado luego por la intelectualidad parisina de tendencia comunista al comienzo de los 60, pero a medida que la década llegaba a su fin se convirtió en el escritor más leído entre los estudiantes radicales. Su popularidad ha demostrado ser resistente. Ello se debe a que fue un literato que abordó las preocupaciones perennes de la filosofía, que criticó el existencialismo pero popularizó muchas de sus ideas básicas; un hombre de la ribera sur del Mediterráneo que vivió en Europa; un moderno con un estilo clásico; un miembro de la resistencia antifascista, pero a la vez un defensor del pacifismo; un partidista, pero también una persona privada; un intelectual y, al mismo tiempo, una celebridad con una gabardina y un cigarrillo, a quien le gustaba imitar a Humphrey Bogart.

Pero su popularidad descansa en algo más que las cualidades paradójicas de su vida y su obra. Camus an-

ticipó no solo el colapso de las viejas visiones totalitarias, sino también el nuevo reconocimiento de los derechos humanos. Su trabajo combina idealismo y escepticismo, integridad y compasión, compromiso público y sentido privado, creencia en la rebeldía y reconocimiento de los límites. Hoy, medio siglo después de su muerte, nuestro autor asoma como el gran moralista de las letras francesas del siglo xx.

La presente obra fue publicada por primera vez en 1999. Las novelas de Camus ya se habían vendido por millones, y seguían vendiéndose. Dos biografías inmensas y espléndidamente documentadas, debidas a Herbert Lottman y a Olivier Todd, habían sido publicadas poco antes. Los escritos del autor eran lectura obligatoria en muchas escuelas secundarias y universidades. La extrema izquierda todavía criticaba su «moderación mediterránea», pero suscribía su antifascismo. Los posmodernistas consideraban poco útil su crítica cosmopolita de la «identidad», o su humanismo, pero aprobaban su preocupación por la autenticidad. La extrema derecha seguía sospechando de la posición política del autor, pero estaba dispuesta a elogiar su anticomunismo y su sentido común. Algunos iconoclastas pregonaban sus inclinaciones religiosas (reprimidas). Pero entre la corriente liberal dominante, Camus prácticamente no podía estar errado. La mayoría lo contemplaba como un acérrimo representante de los valores occidentales, la democracia capitalista y, a veces, incluso «el fin de la historia». Esta

domesticación del autor me pareció extrañamente inquietante.

Por lo tanto, consideré apropiado ofrecer un retrato que, al margen de todas las demás críticas, resaltara los compromisos de Camus de carácter cosmopolita-liberal-socialista. A pesar de las diversas preocupaciones religiosas del autor,¹ y de ciertas simpatías anarcosindicalistas más soterradas, los mencionados compromisos fueron constantes a lo largo de su carrera. Camus no fue un partidario acrítico de Occidente o de la democracia capitalista. A lo largo de toda su vida, se identificó con «esta izquierda a la que pertenezco, a pesar de mí y a pesar de ella».² Las creencias políticas del autor ya afloraban en su primera fase *existencialista*. Continuaron durante sus actividades en la resistencia antifascista como editor de *Combat*, y después como autor de *La peste* y *El hombre rebelde*. Se fortalecieron con las amargas batallas políticas con Jean-Paul Sartre sobre la Guerra Fría y el imperialismo, las cuales culminaron en *La caída*. Se volvieron aún más explícitas en su novela inacabada y publicada póstumamente, *El primer hombre*. En mi libro, analicé muchas de estas obras a través de lentes nuevos, y esta reedición me ha permitido hacer algunas correcciones y revisiones menores.³

1. Véase la tesis con la que obtuvo el grado en Filosofía, *Metafísica cristiana y neoplatonismo*, Columbia (Misuri), 2008.

2. A. Camus, *Carnets, 1951-1959*, Chicago, 2008, p. 252.

3. Quizá pueda aprovechar aquí la oportunidad para dar las

De particular interés hoy es el modo en que el conjunto de principios articulados por Camus conforma un cierto código de conducta política. Como es bien sabido, el autor, a la hora de afrontar el carácter «absurdo» de la vida moderna, se negó a abrazar absolutos teleológicos o religiosos ilusorios. Abogó por fijar «límites» para la acción política; se opuso a los intentos historicistas de justificar la crueldad; insistió en una conexión factible entre medios y fines; y reconoció la necesidad de un «principio de culpabilidad razonable». Esta constelación de ideas no constituye una filosofía política articulada, pero tampoco es un conjunto arbitrario de mandatos éticos. Más bien evidencia una perspectiva moral, a menudo expresada en términos literarios, y un serio correctivo del ejercicio arbitrario del poder.

Como muchos otros miembros de la llamada generación del 68, leí por primera vez a Camus cuando era un adolescente. Recuerdo que me atraieron su desprecio del totalitarismo y su humanismo, su extraña mezcla de pesimismo y optimismo, su capacidad para involucrarse en el mundo político sin olvidar el deseo de felicidad personal y de experiencias sensuales. Había algo único en su sentido de la responsabilidad personal, en su lucidez y su calidad espiritual. La nobleza de sus sentimientos, su voluntad de comprometerse en la reconstrucción

gracias a Maggie Hivnor, mi editora en University of Chicago Press, por su ayuda y su aliento.

de la libertad, todavía nos ofrece un apreciable antídoto contra el cinismo y el relativismo tan comunes entre los intelectuales contemporáneos. El mejor homenaje a un hombre así no consiste tanto en una exhibición de reverencia como en un encuentro crítico, en el que su relevancia no se da simplemente por sentada. Este tipo de homenaje es seguramente lo que Camus habría deseado, y es, con la misma certeza, lo que esta biografía busca brindar.

STEPHEN ERIC BRONNER
Universidad Rutgers

CAMUS

I
PRIMEROS DÍAS

Los hombres de mi raza llegan en barcos sin alas y sin ojos.

ANDRÉ MALRAUX

INFANCIA Y JUVENTUD

Albert Camus nació en Argelia el 7 de noviembre de 1913. Llegó a la madurez en esta colonia francesa, y la experiencia le permitió después convertirse en un hombre de dos continentes. Curiosamente, fueran cuales fueran los problemas políticos, rara vez sintió la tensión existencial de vivir en dos culturas. Quizá ello se deba a que Argelia, a diferencia de otras colonias, siempre fue considerada parte de Francia, especialmente por sus colonos blancos o *pieds-noirs*. Estos llegaron en masa después de la guerra franco-prusiana de 1871, cuando 250000 acres de la colonia norteafricana fueron entregados a ciudadanos de la disputada provincia de Alsacia-Lorena que habían optado por la nacionalidad francesa. Camus describiría más adelante los problemas y las dificultades que aquellos colonos experimentaron en la nueva tierra.¹ Su padre, Lucien Auguste Camus, nació

1. H. R. Lottman, *Albert Camus*, Nueva York, 1979, p. 8.

en 1885, y sus cuatro hermanos y hermanas mayores lo metieron en un orfanato cuando era niño. Aprendió a leer y escribir por sí mismo y, tras huir del orfanato, se convirtió en aprendiz en un viñedo de la localidad argelina de Chéraga, donde conoció a su futura esposa, Catherine Sintès.

La joven pareja pronto se vio separada. Lucien Auguste fue reclutado en 1906 y pasó los dos años siguientes realizando el servicio militar en Casablanca, mientras que Catherine, tres años mayor que él, se mudó con su familia al barrio de Belcourt, en Argel. Tras licenciarse en el ejército en 1908, y negarse a la reconciliación con los hermanos que lo habían exiliado en el orfanato, Lucien Auguste se unió a Catherine. Se casaron en 1909, y un año después nació Lucien Camus. Un trabajo en una empresa vinícola llevó al padre a asentar a la familia cerca del pequeño pueblo de Mondovi. Allí permanecieron después de que Catherine Sintès diera a luz a Albert y se enterara de que su marido, recién llamado a filas, había muerto en la batalla del Marne.

Albert Camus guardaba pocos recuerdos de su padre; tenía un año cuando este murió. Permanecería siempre unido a su hermano Lucien, y su madre figuraría de manera destacada en su primera colección de ensayos y, después, en sus angustiosas reflexiones sobre la guerra de Argelia. Catherine era de origen español; sus antepasados habían emigrado a Argelia en 1850. Tenía ocho hermanos, era analfabeta y sorda y sufría de un

impedimento del habla causado por una enfermedad no tratada durante su infancia. Tras la muerte de su esposo, al carecer de recursos, se mudó de regreso a la casa de su madre, una mujer profundamente religiosa, en el barrio proletario de Belcourt, donde ellas y los dos niños compartían un apartamento de tres habitaciones con los dos hermanos mayores de Catherine: Joseph y Étienne. El primero abandonó la casa familiar en 1920; el segundo había nacido mudo y, tras una operación a los trece años, podía hablar, pero solo con suma dificultad. Trabajaba en una tonelería, mientras que Catherine limpiaba casas. Ambos estaban sometidos a su dominante madre, conocida por disciplinar a sus nietos con un látigo. Se trataba, en suma, de una existencia desoladora. Albert Camus describió así la situación:

Eran cinco en casa: la abuela, el segundo hijo, la hija mayor y los dos hijos de esta. El hijo era casi mudo; la hija padecía una dolencia y le costaba pensar; y de los dos hijos de esta, uno trabajaba ya en una compañía de seguros, mientras que el menor todavía estudiaba. Con setenta años, la abuela seguía dominando a todos. [...] De enormes ojos claros y fríos, [...] tenía ese porte de reina del que no abdicó sino con la edad y que, a veces, intentaba recobrar en la calle.²

2. A. Camus, «El revés y el derecho», en *Lyrical and Critical Essays*, Nueva York, 1968, p. 27.

La pobreza en la que Camus llegó a la madurez fue tanto material como emocional. No había libros en casa. Su abuela y su madre nunca bromeaban ni charlaban; eran fatalistas, pesimistas y estoicas. Su tío tampoco ayudaba mucho. Aquella era una existencia dura, marcada por la necesidad económica. «Cierta número de años vividos sin dinero», escribió más tarde nuestro autor, «es suficiente para crear toda una sensibilidad».³

Pero Camus nunca se quejó realmente de su infancia empobrecida. Se saboreaban momentos de felicidad. Fue elocuente al afirmar que, a pesar de toda la pobreza, Argelia no podía compararse con la miseria de los fríos y grises barrios marginales de Europa. Sus experiencias tempranas le confirmaron la capacidad posterior de hablar con personas de todas las clases. Su infancia le dio una singular comprensión de la miseria, lo cual hizo que su empatía con los desamparados fuera genuina. El carácter mestizo de Belcourt, con sus judíos, sus europeos y sus musulmanes,⁴ con independencia de si Camus subestimaba o no el grado de tensión entre ellos, seguramente le proporcionó su perspectiva cosmopolita. También ayudó a generar en nuestro autor un odio a la intolerancia, sobre todo a la arrogancia y el racismo de los franceses hacia los árabes.

3. A. Camus, *Carnets*, 3 vols., Nueva York, 1991, vol. 1, p. 3.

4. G. Brée, *Camus*, New Brunswick (Nueva Jersey), 1959, p. 12.